

Rubén Darío en Mallorca, cara a cara con Dios*

José Argüello Lacayo**

Recepción: 16 de mayo de 2020 • Aprobación: 8 de junio de 2020

Resumen

En su novela autobiográfica, *El oro de Mallorca*, Rubén Darío desnuda su alma y muestra sus más hondas inquietudes religiosas. El presente artículo examina las vivencias del poeta durante su última y decisiva visita a la isla de Mallorca a fines de 1913. Allí hace un balance de su vida, mientras se debate interiormente entre su anhelo de Dios y las debilidades y dudas que lo acosan.

Palabras clave: Rubén Darío, Dios, Mallorca, religiosidad, fe.

* Artículo de reflexión. Citar como: Argüello, J. (2020). Rubén Darío en Mallorca, cara a cara con Dios. *Albertus Magnus*, XI(2), 203-240. <https://doi.org/10.153322/5005413.6406>

** Equipo Teyocoyani, Managua, Nicaragua. Correo electrónico: teyocoya@gmail.com

Ruben Dario in Mallorca, face to face with God

Abstract

In his autobiographical novel, *El oro de Mallorca*, Rubén Darío bares his soul and shows his deepest religious concerns. This article examines the poet's experiences during his last and decisive visit to the island of Mallorca at the end of 1913. There he takes stock of his life, while he struggles inwardly between his longing for God and the weaknesses and doubts that beset him.

Keywords: Rubén Darío, God, Mallorca, religiosity, faith.

Rubén Darío em Maiorca, cara a cara com Deus

Resumo

Em seu romance autobiográfico, *El oro de Mallorca*, Rubén Darío desnuda sua alma e mostra suas mais profundas preocupações religiosas. Este artigo examina as experiências do poeta durante a sua última e decisiva visita à ilha de Maiorca, no final de 1913, onde ele faz um balanço da sua vida, enquanto debate internamente entre o seu anseio por Deus e as fraquezas e dúvidas que o afligem.

Palavras-chave: Rubén Darío, contos de Rubén Darío, paganismo e cristianismo em Rubén Darío.

Introducción

Embarcado en el barco Miramar de la compañía Isleña Marítima arriba Darío por segunda vez a Mallorca el 13 de octubre de 1913. Huye de París, que con manos férreas sujetaba su corazón¹, abrumado por frecuentes crisis alcohólicas que estragan a fondo su salud², angustiado por la inestabilidad económica y el deterioro irremediable de su relación marital con Francisca Sánchez del Pozo, abnegada campesina castellana que le acompañaba desde 1899 y con quien había procreado a Güichín, niño de seis años que depende ahora enteramente de su padre. La gloria que nimba su nombre y su pujanza creadora no impiden el desaliento que anida en su corazón. Ha llegado al zenit de su vida y prevé ya su próximo fin.

Acude a Mallorca en busca de quietud³, anhelando la incomparable belleza de aquellos parajes donde había pasado ya varios meses fecundos entre octubre de 1906 y principios de marzo de 1907⁴. Desea hacer un balance de su vida, un calafateo, como poéticamente designa el intento de cerrar las junturas de su espíritu por donde se le escapa a borbotones la sangre de su alma:

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza, de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento, del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida ‘manquéé’, del

1 Postdata de 1914 a su *Autobiografía* de 1912.

2 “[...] se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gástrico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, amante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer -¡al olvido de la muerte!- como durante toda su vida” (Rubén Darío, 2013, 119).

3 “[...] con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habrían de devolverle la salud, el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte” (Rubén Darío, 2013, 128).

4 Un día antes de su partida se le ofreció en Palma un banquete de despedida el 2 de marzo de 1907, sobre el cual se publicaron crónicas en los diarios locales *La Almudaina*, *La Última Hora* y *El Diario de Palma*. En cuanto a su llegada a Mallorca en octubre de 1906, da fe de ello una carta de Julio Sedano, su canciller en París, que con fecha 2 de noviembre escribe a Darío en Palma y le expresa: “autoríceme, Ud., si lo cree conveniente, para subarrendar su apartamento durante su ausencia” (p. 697). En esa primera estancia en Mallorca escribió el poeta la Epístola a la Sra. de Lugones, la Canción de los Pinos, el Romance a Rémy de Gourmont, Vésper, Sueños, Eheu!, Los pájaros de las islas, Revelación y otros poemas de *El canto errante*, además de sus crónicas de *La isla de oro* (2018).

padecimiento moral incesante que agravaba el inveterado recurso de los excitantes, de los alcoholes de pérvida ayuda. Se encontraba a los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieron meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano, Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación. (Rubén Darío, 2013, 1 36)⁵

1. Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro

La isla de oro lo recibe cálidamente en los brazos fraternales de su leal y noble amigo Juan Sureda⁶, quien sube a cubierta para darle la bienvenida; este se impresiona por el color enfermizo y aspecto mortal de su ilustre huésped. Se habían conocido durante la primera estancia del poeta en su casita de El Terreno, contigua al bosque del castillo de Bellver, donde Darío disfrutaba de una vista a la bahía y un frondoso jardín:

Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila
descubro desde la terraza de mi “villa”,
que se alza entre las flores de su jardín fragante,
con un monte detrás y con la mar delante. (Epístola)

5 Referida a Benjamín Itaspes, *alter ego* del poeta. Darío ha cumplido sus 43 años.

6 Juan Sureda Bimet (1872-1947) fue descendiente de una prominente familia mallorquina, se había educado con los jesuitas en Valencia y estudiado Derecho y Filosofía y Letras. Políglota y bibliófilo, apasionado de las artes y las letras, ejerció un espléndido mecenazgo desde su mansión de Valldemosa. Fue esposo de la pintora impresionista Pilar Montaner, con la que procreó catorce hijos, de los que sobrevivieron once. Ejerció como conferencista de arte a partir de 1917. Darío describe así a Sureda, señor del castillo donde será hospedado: “Era el castellano de gentiles maneras y de humor excelente, ágil y fuerte aunque algo enjuto de cuerpo, de conversación culta como correspondía al letrado que era amigo de referir anécdotas, recuerdos y sucesos, aficionado a las artes y a las letras y gustador de las obras musicales de su amigo, con quien se había relacionado algunos años antes en la misma isla”. (Rubén Darío, 2013, 1 31).

Desde allí contemplaba Darío el vuelo gracioso de las velas de lona y los barcos que llegaban de Argel o Barcelona, circundado por arbolitos verdes llenos de mandarinas, entre los que jugueteaban conejos y gallinas. Sureda le había visitado una tarde roja, con mar enfurecido, lleno de sal el viento, atardecer que inspira a Darío su poema *Revelación* (Bestard, 2013).

Y mi deseo
tornó a Thalasa maternal la vista,
pues todo hallo en la mar cuando la veo.
Y vi azul y topacio y amatista,
oro, perla y argento y violeta,
y de la hija de Electra la conquista.
Y escuché el ronco ruido de trompeta
que del tritón el caracol derrama,
y a la sirena, amada del poeta.

Ambos montan ahora en uno de aquellos primeros flamantes automóviles que asombraban al mundo y al que Darío llama “caballo de hierro que se nutre de esencias y de espacio” (Rubén Darío, 2018). Don Juan vive en una vetusta mansión del siglo xiv en Valldemosa, castillo obsequiado por el rey Jaime II de Mallorca a su hijo don Sancho, el asmático, para su restablecimiento físico. Años después de reincorporado el reino de Mallorca a la Corona de Aragón, el rey don Martín el Humano lo dona a los cartujos en 1398. Junto al antiguo convento comienza a construirse otro nuevo en 1717, cuya edificación concluye en 1812. En 1838 pasan allí tres meses George Sand y Chopin, pareja que suscita el lacónico comentario de Darío: “Creo que Chopin tenía mejor compañero en su piano que en George Sand” (Rubén Darío, 2018).

2. Mallorca transfigurada por el arte y la poesía

En la cartuja de Valldemosa había iniciado su destierro don Melchor Gaspar de Jovellanos, polígrafo ilustrado y exministro de Estado, que en 1801 encuentra

amable refugio entre los monjes⁷. De él dice Darío en su crónica *Divagaciones*, presente en *La Isla de oro*⁸, citando un viejo periódico mallorquín:

Antes de Jovellanos, Mallorca parecía un país sin alma. Era [...] una tierra; una de tantas tierras de las cuales se cuenta la producción, la bondad del clima, el grato sabor de las frutas, la abundancia o escasez del agua, la cosecha del aceite, la cosecha de almendras. [...] Ahora se diría que tiene dos personalidades: la personalidad exclusivamente geográfica o del registro de hipotecas, y la personalidad encantada a que la ha conducido, poco a poco, la transfiguración del arte y la poesía. (Rubén Darío, 2018)

¡Qué bien dicho! Al encanto de Mallorca contribuiría el propio Darío con su estro poético; otros grandes artistas melódicos como Chopin, Albéniz y Granados y, también, el pintor Doré, que ilustra el Infierno de Dante con árboles antropomorfos inspirados en los vetustos olivos de la isla. Huéspedes de Sureda serían también Azorín (1906) y don Miguel de Unamuno (1916). De los olivos de Mallorca diría Azorín (2012):

Los olivos atraen mi atención. No es posible imaginarse nada más extraño, más fantástico, más de pesadilla que estos troncos; son troncos violentamente retorcidos, atormentados; se parten en dos o tres brazos, se retuercen, tornan a juntarse, forman enormes nudos, vuelven a hendirse, se juntan de nuevo. (Azorín, 2012)

George Sand en *Un invierno en Mallorca* describe también “el aspecto formidable, el grosor desmesurado y las actitudes furibundas de esos árboles misteriosos” (Rubén Darío, 2018). Les llama “monstruos fantásticos; los unos, encorvándose hacia vosotros como dragones enormes, con la boca abierta y las alas desplegadas; otros, arrollándose sobre sí mismos como boas entumecidas; otros, abrazándose con furor como luchadores gigantescos” (Rubén Darío, 2018).

El padre de Sureda adquiere el castillo y la cartuja en 1868, tras la expropiación de las órdenes religiosas españolas durante la primera mitad del

7 El gobierno lo trasladará luego a la prisión del castillo de Bellver, de donde será liberado hasta en 1808.

8 En *El oro de Mallorca* (2013) alude también Darío al “gran Jovellanos, [...] aquel célebre estudioso, aquel amable sabio” (II 50).

siglo XIX. Azorín se llena de estupor en 1906, contemplando el desfile interminable de cuartos y salones pertenecientes al antiguo convento y al castillo original (la mansión era tan grande que Darío y su anfitrión se comunicaban por escrito). Había incluso un teatro privado.

A Rubén mismo se le hospeda regiamente en la mansión de Sureda:

Es un cuarto prolijamente acondicionado, aireado e iluminado, con una ventana al poniente por donde puede sorber la esplendidez del paisaje mediterráneo. Una cama salomónica, de cielo y cortinaje soberbios, es su lecho, y a la mano tiene tinta, lápiz y papel para los trances creadores. (Torres, 2009, p. 747)

Darío llama al palacio y cartuja de Valldemosa “lugar apacible, dulce y grandioso al mismo tiempo” (Rubén Darío, 2013, III 62).

3. Ímpetus de renovación espiritual

El esplendor mediterráneo le hace cobrar ánimos. Se reaviva su esperanza de regeneración física y espiritual. A su anfitrión Sureda le ordena revisar su correspondencia y entregarle únicamente aquella que propicie su tranquilidad, pero la delicadeza de este se subleva ante semejante encargo. Y Rubén insiste tajante: en cualquier asunto a resolver, deben ser él y Julio Piquet, confidente y consejero desde París, quienes decidan lo que hay que hacer. Él lo dará por bien hecho. Rubén se impone una disciplina monástica de trabajo y descanso, iniciando su labor a las siete de la mañana y retirándose a dormir entre ocho y nueve de la noche, si no más temprano. Por las mañanas pasea por el campo y concibe su poema Valldemosa: “Vago con los corderos y con las cabras trepo / como un pastor por estos montes de Valldemosa...”.

Durante las comidas prescinde del vino o lo toma parcamente. Poco a poco va recobrando el aspecto saludable y lleno de vida. No le atraen las excursiones a bellos sitios de Mallorca. “Sus vehementes deseos eran de quietud y un confesor”, atestigua Sureda⁹.

9 Todo lo referido en este artículo a las vivencias de Darío durante su segunda estancia en Mallorca procede de la extensa carta de Juan Sureda a Jorge Guillén del 10 de diciembre de 1922, respondiendo a catorce preguntas del poeta español en que pide detalles sobre la visita de Darío (Bosch, 1996). La reacción de Guillén no pudo ser más entusiasta: “¿Cómo agradecerle debidamente el magnífico regalo que es para mí su largo, minucioso, sabroso, inquisitivo, profundo y elegante relato de la estancia de nuestro gran Rubén en su casa de Valldemosa?”

Durante las primeras semanas inicia la redacción de su novela *El oro de Mallorca* (2013), empleando un estilo elocuente¹⁰, sugestivo y profundamente introspectivo. Allí vierte Darío sus inquietudes y pensamientos más íntimos¹¹, retratándose a sí mismo en el protagonista Benjamín Itaspes¹² (nombre israelita y apellido persa, como los del propio Rubén Darío), célebre compositor americano, poseído del ritmo y la armonía: “Todo el universo visible y mucho del invisible se manifestaba en sus rítmicas sonoridades, que eran como una perceptible lengua angélica cuyo sentido absoluto no podemos abarcar a causa del peso de nuestra máquina material” (Rubén Darío, 2013, II 44).

(Sureda, 1946, p. 394). Y agrega: “Magnífico documento que he de guardar como oro en paño. Testimonio histórico insustituible. De veras, muy de veras lo agradezco, como la mejor prueba de amistad” (Sureda, 1946).

10 He aquí algunas de las frases felices de Darío (2013): al mar le llama “un vasto ser animado, líquido y palpitante, todo vida y enigma” (I 27); de Chopin dice que “sus dedos de enfermo desparramaban el hechizo del milagro sonoro” (III 61-2) y al trópico lo describe como “la región de los pájaros policromos, de los soles ardientes” (VI 110).

11 En *Los últimos días de Rubén Darío* (1925), refiere Francisco Huezo (1965) en la entrada del 19 de diciembre de 1915: “Un poco tranquilo ya, hablamos de literatura, de su última obra: *El oro de Mallorca*. En otra ocasión, vas a buscarla entre mis papeles –le dice Darío. Allí tengo el original. Refleja cosas íntimas de mi vida”. También en la Postdata de 1914 a su *Autobiografía* de 1912 expresa Darío: “[...] escribí una novela en los días de mi permanencia en esa tierra de Lulio. Los atraídos por mi vagar y pensar tendrán, en esas páginas de *El oro de Mallorca* fiel relato de mi vida y de mis entusiasmos en esa inolvidable joya mediterránea”. En este artículo tomaremos las intimidades de Benjamín Itaspes como vivencias del propio Darío. Ciertamente hay en la novela elementos de ficción, no obstante, su núcleo humano corresponde sin duda fielmente al autor. Ello lo ratifica Juan Sureda en su carta de 1922 a Jorge Guillén: “Que yo sepa *El oro de Mallorca* no se ha publicado en libro alguno. Y para conocer a Rubén en momentos muy importantes, los más interesantes quizás de su vida, es obra necesaria, indispensable” (p. 394). Allen W. Phillips, erudito norteamericano al que debemos el rescate de la novela, cuyo texto estuvo durante 54 años sepultado en los archivos de *La Nación* de Buenos Aires, nos dice: “Darío, que ya se acerca al fin de su existencia, un fin presentido con todo su horror y el extremado pavor de la muerte, se ha sometido a un minucioso examen de conciencia. Nos da, pues, unas confesiones extraordinarias sobre ciertas intimidades de su vida privada, y habla con lucidez de las más hondas preocupaciones que desgarraban su alma” (Rubén Darío, 2013). Luis M. Fernández Ripoll por otra parte ratifica: “Nunca se subyará bastante la importancia documental de esta novela, que se convierte en un material imprescindible para estudiar la biografía psicológica del autor y su visión en torno a Mallorca. Es, en realidad, un complemento absoluto de su expresión poética” (Fernández, 2001, pp. 104-105).

12 Hitaspes, según Heródoto, era el nombre del padre del rey Darío de Persia. Ya en Argentina, en tiempos de *Los raros* (1896), había firmado Darío sus despachos desde el lazareto de la isla Martín García bajo el seudónimo de Levy Itaspes, combinando un nombre hebreo con un apellido persa.

El gran poeta llega esta vez a Mallorca como penitente desgarrado. Su exquisita sensibilidad le hace proclive al erotismo y al misticismo¹³, aunque el apego desordenado a los placeres de la carne trunca sus vuelos místicos¹⁴. Como detonante del arrepentimiento profundo que le embarga, refiere una experiencia de gracia que le sacude en lo más íntimo:

Una tarde había entrado en Nuestra Señora, en sus vagabundeos por París. Había orado, de rodillas, había pedido a Jesucristo y a la Virgen el reflorecimiento de su fe. Se sentía débil. De pronto resonó el órgano; un coro de monagos lanzó su cántico angélico. El trueno musical le conmovió hasta lo más íntimo, y lloró como hacía tiempo no lloraba. El Padrenuestro y el Avemaría se sucedían en su corazón y en sus labios. Salió, luego aliviado. Pero pasó el relámpago negro. ¿No será esta contrición y este llanto un fenómeno nervioso, una manifestación enfermiza de mi estado fisiológico, un efecto de la depresión, que dejan el excesivo trabajo mental y los excitantes? E imploraba ayuda de nuevo. Porque hasta en el mismo templo y en el instante de la plegaria, llegaban a perturbarle y a hacerle sufrir ideas de negación y de pecado, visiones de un erotismo imaginario, ultranatural y hasta sacrílego. (Rubén Darío, 2013, iv 77-78)

Al día siguiente de su llegada a Mallorca visita Darío con Sureda la ermita de la Trinidad en Valldemosa, en una espléndida tarde de otoño: “Sonamos la campana en el vasto silencio. Salió el ermitaño portero y, a la luz del crepúsculo maravilloso, visitamos el estrecho y austero cenobio. Allí fue el encuentro con el moribundo. Es indecible la impresión que causó esta visita a Rubén” (Bosch, 1996, p. 398), relata Sureda.

En sus tiempos de descanso dispone el poeta de la biblioteca del castillo. Esta vez privilegia en sus lecturas obras de espiritualidad: la *Imitación de Cristo*, de la que cita en su novela un amplio pasaje sobre el valor de las tentaciones para reconocer la propia debilidad y necesidad de purgación (Rubén Darío, 2013,

13 “Su misticismo junto a su innato erotismo” dice de Itaspes (Rubén Darío, 2013, ii 41) y también: “En sus angustias, a veces inmotivadas, se acogía a un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas” (Rubén Darío, 2013, i 37-8).

14 Dice de su doble Itaspes: “Tenía sus consecutivos padecimientos por donde más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado desde su primera edad de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante” (Rubén Darío, 2003, 1 29). Se refiere Rubén a la gula, incluyendo la ebriedad, y la lujuria.

iv 78)¹⁵, así como una *Vida* de San Bruno, el fundador de la cartuja, que alienta su inmortal poema. Lee también libros sobre Mallorca y la novela *Jeromín*, del sacerdote jesuita Coloma, novela histórica sobre don Juan de Austria, cuyos méritos literarios realza Darío. Cuenta Sureda que llegó Rubén a la isla sin libros y que se nutría sobre todo de conversaciones, de la contemplación de obras de arte y del contacto con la naturaleza. En su cuarto había un revoltijo de diarios, revistas y hojas volantes, que eran los que más leía.

Por su parte, Antonio Oliver Belmás comenta:

Rubén llegaba ahora grave y meditativo, y en Valldemosa la conversación con Juan y con Pilar era siempre de cosas nobles y trascendentes. La lectura de Lulio le acercó a Dios. Las páginas de *El amigo y el amado* le traspasaron de emoción mística. Leyó también libros de horas y breviarios. Leyó la *Imitación de Cristo*. Más que de la antigüedad pagana se sintió próximo de la Edad Media cristiana. Fue a misa todos los días de precepto y aun otros en que no era obligatorio. Frecuentó la iglesia. (Oliver, 1960, p. 302)¹⁶

El 24 de octubre reúne Sureda a almorzar a un grupo de intelectuales de la isla y de sobremesa recita Rubén *Los motivos del lobo*. “Creo –relata– que los traía ya de París. Puede que los *escribiese en limpio* en Valldemosa. *Corregir* apenas corregía Rubén. Esto podía hacerlo con alguna palabra, pero fluían los versos de él

15 Esta idea calaría hondo en Rubén; ocho meses antes de su muerte, el 28 de mayo de 1915, dirigiría desde Guatemala una carta al Arzobispo de Managua, Monseñor Lezcano y Ortega, en que le decía: “Por lo que se refiere a mi religiosidad, en verdad he tenido que ir directamente a Dios (referencia a la imposibilidad de obtener la nulidad de su matrimonio eclesiástico con Rosario Murillo y de legitimar su unión con Francisca Sánchez del Pozo, que lo excluía de los sacramentos), pues mi vida, bajo las apariencias de la gloria y de fugitivos bienestares humanos, ha sido repleta de aflicciones, posiblemente para mi bien, pues habrán sido correcciones divinas... Más aún en medio de mis plegarias he sido muy perseguido por tristezas y tentaciones, quedándome apenas el consuelo de que muy grandes santos también han padecido congojas. Mi fe misma se siente a veces sacudida, y la poca frecuencia de los sacramentos me ha causado seguramente mucho aumento de acedias y desesperanzas. ¡Qué lástima que no haya vivido, ni me sea dado vivir cerca de un verdadero sacerdote como Ud., cuya cultura y cuya piedad van juntas!...Siempre ruegue por mí” (Bautista, 2013).

16 Darío mismo describe así el ambiente de Mallorca: “Había en toda la isla, pero principalmente en el antiguo asiento de los Cartujos, un ambiente más que católico medieval. El recuerdo de dos beatos, el grande Raimundo Lulio y la mínima Catarina Tomás, flotaba en el ambiente, impregnaba los vetustos olivares, los viejos muros, los puntos que frecuentaron, los santuarios, oratorios, cuevas y fuentes” (2013, iv 54).

como el agua corriente de su manantial”¹⁷ (Sureda, 1946). “Era un gran recitador en la intimidad –refiere Osvaldo Bazil, otro amigo muy cercano–. Nadie me ha producido la emoción que él diciendo sus versos...Era un santo en oración, no un hombre en recitación” (Bazil, 2016, p. 80). Su intensa vivencia de la poesía lo transfiguraba, sumergiéndolo en estados de conciencia cercanos a la mística. “Rubén reza el verso. Es decir, lo daba como un rezo en voz baja, marcando los acentos rítmicos como si sobre cada uno depositara un grano de incienso” (p. 80).

Darío se sumerge en casa de Sureda en un ambiente de recogimiento espiritual, de cariño y simpatía. Llega un día de visita el simpático y ocurrente cura de Binisalem, don Antonio Llabrés y Moyá (1849-1926), viejo amigo de la familia, “sacerdote prudente y discretísimo, de gran humor, ingeniosísimo y alegre sabedor de la vida, conocedor al dedillo de la Biblia y el Quijote” (Sureda, 1946, p. 400); cura andarín que recorre cimas y valles y riberas de Mallorca y que sabe arrancar la risa al hombre más ceñudo. “Buen cristiano, hermano, y aun mejor padre de paz, excelente gustador y también aliñador de los mejores platos y guisos de la tierra”, cocinero excelente como el propio Rubén. Entre él y el poeta surge de inmediato una gran simpatía. Refiere Sureda que Darío repetía: “España no conoce a sus hombres”, para luego concluir: “En mi tierra este hombre sería obispo”. Y en los días siguientes insistía en preguntar a sus desprevenidos interlocutores: “¿Si usted fuese dueño de su destino en un nuevo nacer en este mundo qué querría ser usted?”. Y él mismo respondía finalmente a su pregunta diciendo: “Yo querría ser el vicario de Binisalem”. Muchas veces expresó el poeta deseo de visitarle y pasar unos días junto a él antes de marcharse de la isla.

4. Recaída alcohólica y confesión sacramental

El 6 de noviembre tiene Darío una recaída alcohólica. Acompaña a Sureda a una comida a casa del pintor Hermenegildo Anglada Camarasa (1871-1959) en Pollensa, donde escribe su poema *Los olivos*. Esta crisis descorazona a Rubén y le hace caer de su “ya seguro risueño optimismo”.

El 11 de noviembre se cumple por fin el vehemente deseo de Darío de obtener un confesor. Sureda ha ponderado a fondo su petición. Acceder prontamente le hace temer ser después culpado de una conversión precipitada e inmadura, “débil como era Rubén e inclinado a echar sobre ajenos hombros los cargos y

¹⁷ Testimonio de Juan Sureda en su carta a Jorge Guillén (10-xii-1922) (Bosch, 1996, p. 400).

responsabilidades propios". Por eso se hace rogar durante varios días. El poeta incluso resiente la presunta indiferencia de sus amables anfitriones y se desahoga con Francina, la humilde mujer que se encarga de servirle.

Ni su señor ni su señora saben lo que yo sufro –se queja en franco desahogo–. No quieren hacerme caso. Dígame usted, pues ellos no me lo dicen, un confesor que sea o un hombre muy sabio, muy sabio, que sepa mucha teología, o un hombre muy bueno, muy bueno, muy sencillo. (Sureda, 1946, p. 402)

Y Francina, convertida en solícita abogada de Rubén, transmite la queja a sus señores, conquistando finalmente sus voluntades. Sin embargo viene ahora la gran pregunta: ¿a qué sacerdote confiar un alma tan compleja y refinada como la de Rubén? Se barajan varios candidatos: ¿acaso el buen obispo y teólogo de la isla don Pedro Campins? "Buen hombre, en verdad. Pero para mí –confiesa Sureda– poco experto en vidas extraordinarias y cosmopolitas y refinadísimas y quizás extraño a las torturas de un alma moderna y delicadísima". La vida de don Pedro había transcurrido siempre en la isla, lejos de los grandes centros de arte y de cultura, y era por tanto aclamado como regionalista. Tras mucho cavilar se le viene a la mente a Sureda un nombre, y sin declararlo, acude al canónigo y sobresaliente poeta mallorquín don Miguel Costa y Llobera (1854-1922) para indagar su opinión. "Y sin decirle yo a Costa el nombre del por mí elegido, oí de sus labios el mismo, con observaciones atinadas": el del sacerdote jesuita Hupfeld. Al día siguiente por la tarde este se embarcaba para la península y era incierto que pudiera llegar por la mañana a Valldemosa, pues debía encontrar para hacerlo un automóvil, medio de locomoción poco frecuente en la época. A la insistente pregunta de Rubén por el confesor elude Sureda una clara respuesta, tratando de evitarle un posible desengaño si aquél no lograba llegar al día siguiente por la mañana. Tan solo vagamente le comunica que le conseguirá al padre Hupfeld, jesuita, y le da vagas noticias sobre él. "Rubén –acota Sureda– fue discípulo de los jesuitas y siempre recordó a estos con cariño".

5. El confesor jesuita

¿Quién era este sacerdote? Sureda nos da algunos datos: alemán nacido en 1856, por tanto once años mayor que Rubén, convertido del protestantismo al catolicismo; ingresó a la Compañía de Jesús el 1 de marzo de 1877. Osvaldo Bazil (2016) –que llegó a Valldemosa al día siguiente– añade otra pista valiosa: había

sido capellán del ejército chileno¹⁸. En la obra *Los jesuitas en Uruguay. Tercera época 1872-1940* (Sallaberry, 1940) se nos dice que era una noble figura: alto, bien proporcionado, finísimo en su trato, elocuente orador y misionero celoso e incansable, que dominaba perfectamente el castellano y había cosechado extensas y hondas simpatías durante su estancia en Montevideo. Nacido en la ciudad alemana de Kassel, en la región de Hesse, el 27 de agosto de 1856, durante su juventud había llevado una vida mundana y le aguardaba un brillante porvenir en la esfera de la acción comercial, en la que contaba con una destacada posición social. Protestante de origen, se había convertido al catolicismo en Chile y había ingresado a la Compañía de Jesús, destacándose en sus estudios eclesiásticos. Tras su ordenación sacerdotal dedicó la mayor parte de su vida a la predicación evangélica en Uruguay y España¹⁹. Al compararle con su hermano mayor Roberto (1855-1935), también jesuita, que compartió su misma trayectoria y su conversión, la historia de los jesuitas nos dice:

18 Sin embargo, Bazil erróneamente le llama Uhfol en su mencionada biografía de Darío (2016, p. 87) y don Edelberto Torres, germanizando un poco más su apellido, lo convierte en Uhfold (Torres, 2009, p. 751). El verdadero apellido del sacerdote en realidad era *Hupfeld*, tal como lo transcribe fielmente Sureda. Ello se desprende de la obra histórica *Los jesuitas en Uruguay: tercera época 1872-1940*. Allí aparece una semblanza suya y otra de su hermano Roberto. La fecha de nacimiento que da Sureda encaja con la del padre Augusto Hupfeld S. J., uno de los dos hermanos, del que además se confirma que había vivido un tiempo en Chile (Sallaberry, 1940).

19 La obra histórica jesuítica erróneamente da como fecha de su muerte el 26 de octubre de 1905 en Barcelona. Sin embargo, el padre Augusto continuaba activo en Mallorca en 1913. Es más, la publicación católica *Oro de Ley* (disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es>), revista semanal ilustrada, Año III, Valencia 24 de febrero de 1918, Núm. 78, invita a Ejercicios Espirituales para caballeros en Valencia para los días 24 de febrero al 3 de marzo de 1918, “dirigidos por el R. P. Augusto Hupfeld SJ en la Iglesia de la Compañía y bajo la presidencia del Excmo. y Rdm. Sr. Arzobispo Dr. Don José M. Salvador y Barrera”. La revista le atribuye en una nota firmada por Luis Chorro y Soria del 21-02-1918 al P. Hupfeld dotes de “orador eminente” y “perfectísimo conocimiento del castellano” y espera que a sus Ejercicios asista “la aristocracia de la sangre, de la política, banca, comercio e intelectualidad”, “lo mejor del cerebro de nuestra capital”. Otras noticias suyas de Internet lo ubican todavía activo en 1922, siendo instrumental para la creación de la comunidad católica alemana de Barcelona y pronunciando un panegírico a Santa Teresa de Ávila el 16 de marzo de 1922, con motivo del tercer centenario de la canonización de la mística doctora (*Biblioteca Digital de Castilla y León*, disponible en <https://bibliotecadigital.jcyl.es>). “En su muerte –nos dice la historia jesuítica– tuvo rasgos de hombre santo y murió de la manera más envidiable en que puede acabar un cristiano, católico y sacerdote. En efecto: se retiró a hacer los Ejercicios de San Ignacio por espacio de ocho días. Concluidos éstos, pidió al P. Rector permiso para alargarlos dos días más. Obtenida la licencia, pocas horas antes de que se cumpliera el plazo, a la madrugada del último día de Ejercicios, entregó su alma a Dios, después de haberse estado preparando diez días seguidos, en retiro absoluto, sin pensar en otra cosa, sino en su alma y en Dios” (Sallaberry, 1940, pp. 132-133).

Pero ambos se diferenciaron en el carácter y en el brillo de los estudios. Augusto era mucho más profundo y erudito teólogo y un eximio orador. Roberto mucho más práctico en la vida, y si no tenía la elocuencia del púlpito, poseía en grado eminente la elocuencia del trato familiar e íntimo, sobre todo en los momentos difíciles de la vida, y en el luto de las familias. En eso el P. Roberto no tenía rival.

Vemos pues que el candidato propuesto por Sureda y don Miguel Costa y Llobera para recibir la confesión de Rubén Darío era verdaderamente idóneo: poseía experiencia de mundo, profunda espiritualidad, erudición teológica y afable trato.

Nos cuenta Sureda un detalle humorístico: que esa misma mañana de su confesión Rubén le había solicitado por escrito (pues la mansión era enorme) un volumen de Ovidio, el erótico poeta romano de *El arte de amar*, pero luego, arrepentido, le solicitó un *Libro de horas*, obra devocional para laicos que incluía plegarias y el calendario de fiestas litúrgicas.

6. La confesión de Darío

Dejemos ahora que sea Sureda quien nos relate él mismo la emocionante escena de la llegada del padre Hupfeld a Valldemosa, tras anunciarlo con un telegrama:

Corrí al cuarto de Rubén y le dije alborozado: “Ya tienes aquí al padre Hupfeld”. Agitadísimo se levantó de su silla y corrió a coger en sus manos un pequeño crucifijo que siempre llevaba y que decía le había dado León XIII en una peregrinación argentina, y, no encontrándolo, desesperadamente clamaba: “Mi Cristo, ¿dónde está mi Cristo?” pensando y diciéndolo que se lo habían robado y hasta algún espíritu maligno. Aquietábalo yo diciendo que por fuerza había de encontrarse, como así fue, entre las muy revueltas sábanas de su cama. Ya entraba en casa el jesuita. Y entró en el cuarto de Rubén. Pilar y yo no oímos más, sino que Rubén en un gran quejido exclamaba: ‘¡Padre, las malas compañías! ¡Mi vida es una novela!’ Y el Padre contestaba: “¡Y mi vida son dos novelas!”. (Bazil, 2016, p. 85)²⁰

20 Osvaldo Bazil, que, según refiere fidedignamente Sureda, siempre tan preciso y exacto en todos sus datos (se sabe que llevaba diario), llegó a Valldemosa al día siguiente de la confesión, la narra así: “Allí me enteró (Rubén) que por recomendación e intervención de Sureda, se había confesado con un padre alemán que a la sazón residía en Mallorca, convertido al catolicismo y que antes había estado de Capellán en el ejército de Chile, de apellido Uhfoll. Rubén, con gran

Siguiendo con lo anterior, Sureda nos dice:

Salíamos Pilar y yo afuera. Nos arrodillábamos y rezábamos, llorando, un padrenuestro. Un buen rato después, como tres cuartos de hora, salía el Padre y nos decía: “Como me dijo usted, Juan, es Rubén más que un cristiano pecador un pecador cristiano, pero cristiano. Dios lucha por él. Renovaremos la conversación. Ahora importa cuidarle. Hay fuerte dosis de alcohol. Con toda su alma siente verdaderos anhelos por la gracia. ¡Recemos!” Y se marchaba corriendo el Padre. Rubén estaba más tranquilo, pero muy apesadumbrado con la partida a la península del confesor, pero confortándose con la esperanza de su vuelta, que no había de ser lejana. Y con esta esperanza estuvo hasta su propia salida de la isla. (Sureda, 1946)

Darío quisiera llegar a ser otro mejor para cumplir así su anhelo de Dios: ¿por qué no había ingresado en la Compañía de Jesús en su lejana adolescencia? (Rubén Darío, 2013, iv 75) A su personaje Benjamín Itaspes le hace sentir aspiraciones monásticas, que son sabiamente reorientadas en la novela por el padre Merz, transposición literaria del padre Hupfeld:

Nuestro padre San Francisco que es el maestro de los maestros en la disciplina de la vida, nos ha dicho que podemos servir a nuestro Señor Jesucristo de muchas maneras que no son las del claustro y las de la penitencia. Así es que cumpliendo con la voluntad de Dios, si está usted llamado para ser también de los escogidos, lo será. (Rubén Darío, 2013, p. 122)

Y comenta Darío:

El sacerdote alentaba al artista, le indicaba, con discurso mesurado y convincente, la senda de la vida, en las luchas del siglo. Él había nacido para eso. Sus condiciones espirituales no se avenían con la especial condición del régimen monacal. Era en el movimiento de la república, entre los ruidos del mundo, que podía llevar sus aspiraciones de servir al Señor, no por medio de la oración constante y de las horas contemplativas, sino por medio de los elementos que la Providencia había puesto en su espíritu: su arte. (Rubén Darío, 2013, p. 123)

unción y temor de Dios, comenzó así la dicha confesión: “Padre, mi vida ha sido una novela”. El Padre Uhfolle le contestó: “Hijo mío, la mía ha sido dos, recemos”. Eso fue toda la confesión. ‘Con Padres así, cualquier diablo se atreve a confesarse’, le dije” (2016, p. 85). Como vemos, la versión de Bazil es de segunda mano y altera los hechos, redondeándolos con una nota humorística de su cosecha.

7. ¿Soy en realidad un creyente?

En *El oro de Mallorca* (2013) Darío mismo nos ofrece parte de su confesión²¹:

Tenía más de veinte años de no oír misa, de no frecuentar los sacramentos; y con todo, él se sentía favorecido de Dios, únicamente por el hábito de la plegaria. Y mientras iba en el fresco aire matinal entre los plátanos de la carretera, se hizo de pronto esta pregunta: ¿Pero soy en realidad un creyente? Se le presentó en el panorama de su memoria su niñez perfumada de leyenda religiosa, de ingenua devoción, de piadosas prácticas: la iglesia a donde iba a misa primera, al alba, cuando aún estaban encendidos los faroles de petróleo de la vieja ciudad. Oía la misa con devoción y aun había aprendido a ayudar a ella. Resonaban aún ecos perdidos en el fondo de su alma. *“Introibo ad altare Dei. Ad Deum qui laetificat juventutem meam. Judica me, Deus, et discerne causam meam... Adveniat regnum tuum”*²². Y recordaba las emociones de la confesión y de la comunión. Aún sin comprender nunca la hondura del símbolo, tenía presente la satisfacción física y espiritual de sentir diluirse en su boca el divino pan de misterio. Y en su casa católica, los rezos, cuyos retazos venían a veces a su recuerdo, épaves²³ que flotaban después de las tempestades de su vivir. Eran fragmentos de oraciones, de novenas, de ronsorios, que se rezaban en las reuniones domésticas. Luego, en la frecuentación de los jesuitas, había aprendido muchas cosas, en la frescura de su adolescencia; mas todo aquello no debía haber encontrado muy propicio terreno, pues no había prevalecido contra los ataques posteriores de la existencia. ¡Ah, otra cosa hubiera sido si él se hubiese quedado para siempre en aquellos claustros en donde los sacerdotes de la Compañía de Jesús se deslizaban como sombras, cuando eran llamados, con individuales toques de campana! Habría él quizá sido un excelente soldado de San Ignacio, pues hasta

21 Antonio Oliver Belmás acertadamente opina que “ese capítulo IV” de *El oro de Mallorca* es “trascendental para la comprensión espiritual del poeta” y mucho más revelador que su misma correspondencia, pues en él “se halla la lucha entre el creyente y el racionalista, entre el hombre formado católico y el hombre a quien la influencia de Montalvo y de los anticlericales de Centroamérica y de París, le habían relajado la fe” (Oliver, 1960, p. 306). Por otra parte, el profesor Acereda matiza: “Como liberal, creyó (Darío) en un sano laicismo separador de los poderes de la Iglesia y del Estado. Y aunque en su juventud fue anticlerical, nunca fue antirreligioso, y menos aún anticristiano”. (Acereda, 2010).

22 “Entraré al altar de Dios, al Dios que es la alegría de mi juventud. Júzgame tú, oh Dios, y defiende mi causa...-Venga a nosotros tu reino”.

23 En francés: residuos.

sus aficiones musicales encontraron allí estímulo. Allí el son del órgano y del armónium conmovieron sus potencias nacientes. Allí sintió penetrar y nacer al mismo tiempo de él el supremo temblor de la música, y comprendió por primera vez cómo los griegos abarcaban en ella todo, hasta la misma poesía. Allí escuchó las primeras revelaciones, desde los inocentes compases de, “Oh, María, / Madre mía, / Dulce encanto Del mortal”, hasta prodigios del canto llano, cosas de Bach, de Roland de Lassus, de Palestina, de Vitoria. Allí había sido ungido con el óleo melodioso. Pero en fin, el tiempo había marchitado las rosas de aquella casi olvidada primavera. Con su emigración, con sus peregrinaciones, había dejado abandonadas sus costumbres devotas. La última vez que se había confesado y comulgado, había sido para casarse, hacía más de 20 años²⁴. Había visitado en sus viajes templos, conventos y oratorios, había hablado en Roma con Su Santidad, había adorado reliquias; y todo aquello no había dejado gran huella; el artista y el turista substituían, en realidad, al creyente. Solamente en sus amarguras, desengaños y resoluciones, volvía el corazón y la mente a lo infinito, y hablaba con Dios como con un padre desconocido, sin forma, sin idea de él fija, pero que debía estar en todo el Universo, como se dice, en esencia, presencia y potencia. Él le sentía, y se dirigía a él pronunciando las palabras mentalmente. Y a pesar de las dudas que las lecturas y las meditaciones habían sembrado como mala cizaña en su alma, el Padre para él era Cristo Jesús, el hombre divino, el Dios humano de Galilea. Asimismo se acogía en las grandes angustias y apreturas de ánimo a la Virgen, a María, en quien encontraba más que los esplendores de las letanías, más que la Virgen poderosa, o el vaso digno de honor, o la Rosa Mística, o la Torre de David, o la torre de marfil, o la Casa de oro, o la Estrella de la Mañana, la Reina de los Mártires, la Salud de los Enfermos, el Consuelo de los Afligidos, la Madre admirable, o mejor, la “manía” de los solitarios, de los desamparados, de los tristes, de los combatidos de la vida. (Rubén Darío, 2013, iv pp. 7077)²⁵.

24 La cifra coincide con los datos biográficos del propio Darío, que había celebrado su matrimonio religioso con Rafaelita Contreras en la Catedral de Guatemala el 11 de febrero de 1891; Darío escribe esta página en París en enero de 1914. Vargas Vila refiere que Darío, estando en Roma en 1900, y visitando con él la Basílica de Santa María la Mayor, “se licuó en lágrimas oyendo la plática de un fraile franciscano” y luego recibió la absolución sacramental, de manera que “cuando se alzó de allí (del confesionario), tenía tal aire de contrición, que daba pena mirarlo”, pero que “ya fuera de la Basílica, sobre el atrio bañado de Sol, la fascinación religiosa empezó a evaporarse lentamente...” (Vargas, 2013 p. 16).

25 En la cita he omitido fragmentos de himnos religiosos que Darío asombrosamente cita de memoria.

Esta estremecedora página de Rubén es memorable en muchos sentidos y mucho más reveladora que los fríos datos incluidos en su *Autobiografía* sobre su adolescencia entre los jesuitas. Antonio Oliver Belmás juzga que “esos trozos tan importantes” son “quizás los más densos de toda su obra literaria” y les llama “confesiones tan íntimas y desnudas como las del mismo obispo de Hipona” (Oliver, 1960, p. 310).

Rubén Darío sentía a Dios y lo invocaba desde lo más profundo de su corazón en medio de sus angustias y tristezas; su rostro, para él, no era otro sino el de Jesús, “el hombre divino, el Dios humano de Galilea”. Nos confiesa que pese a vivir alejado de los sacramentos, nunca abandonó la oración. Este detalle significativo será confirmado en *Historia de mis libros*. Sus amigos también cuentan que Darío era lector asiduo de la Sagrada Escritura:

Darío leía la Biblia. Era casi su libro único y su única lectura en muchos años –atestigua Osvaldo Bazil, tras conocerlo en La Habana en 1910–. En todos los países donde llegaba Rubén, adquiriría un ejemplar de la Biblia. Exigía que fuera con el texto en latín, con la traducción española, al frente. Él no hablaba ni leía latín pero, lo entendía un poco y le gustaba citar el texto en latín, en sus escritos. (Bazil, 2016, p. 62)

Otros estudiosos darianos tan prominentes como Arturo Marasso Rocca y Arturo Torres-Rioseco han subrayado el profundo interés de Darío por la Biblia: “En sus últimos años Darío lee mucho a Dante y lleva la Biblia en su equipaje” (Rubén Darío, 1949, p. 23) nos dice el último, mientras que Marasso Rocca destaca la influencia de la Biblia en *Cantos de vida y esperanza* y en *El canto errante*. “La leía en traducción de Cipriano de Valera, y quizá algunas veces en las versiones ya clásicas de Torres Amat y de Scio; y, en los últimos años, en el texto latino de la Vulgata” (Marasso, 1934, p. 17). Sabemos además por su *Autobiografía* que la Biblia fue, junto con don Quijote, *Las mil y una noches* y los *Oficios* de Cicerón, una de sus primeras y más influyentes lecturas. La atmósfera de intensa devoción religiosa en que transcurrieron su infancia y primera adolescencia²⁶ marcaron hondamente su sensibilidad, mas careció de sólido sustento doctrinal y teológico. Esto lo reconocerá el propio Rubén Darío en su madurez:

26 Una preciosa y lírica evocación de su infancia cristiana nos la proporciona Darío en su cuento-crónica *Mi domingo de Ramos*, incluido en *Cuentos y crónicas* (1918). Allí manifiesta el vehemente deseo de “volver a Jerusalén”, lejos “de las tristezas, de las maldades y de las tinieblas de la vida”.

Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo. (Rubén Darío, 1987, p. 101)

Arturo Zambrana Fonseca, en su interesante monografía *Rubén Darío, ¿místico?*, apunta certeramente al origen de este desconcierto: en el León de Nicaragua de la segunda mitad del siglo XIX, en cuyo seno se desarrolló intelectualmente el joven Darío, los librepensadores anticlericales poseían superioridad cultural sobre los creyentes:

Los primeros, con mejores argumentos racionalistas, se situaban en mejor posición en el debate. [...] Los segundos, ignorando la misma teología católica, las Sagradas Escrituras y elementos básicos doctrinales, se limitaban a repetir la retórica establecida por la jerarquía en sus sermones u homilías. (Zambrana, 2009, p. 33)

Pronto el joven Darío cayó bajo el influjo de prestigiosos educadores anticlericales y con el despertar de su sexualidad se entregó a un erotismo desenfrenado²⁷, alejándose de las devociones de su infancia. La adicción al alcohol contribuyó también grandemente al enfriamiento de su vida religiosa. Su inteligencia portentosa tampoco encontró adecuado sustento filosófico o teológico con el que apuntalar sus creencias cristianas, de ahí sus escauceos —a mi ver

27 “Potro sin freno se lanzó mi instinto, / Mi juventud montó potro sin freno / Iba embriagada y con puñal al cinto; / Si no cayó, fue porque Dios es bueno” (Cantos de vida y esperanza). “El omnipotente y tentacular pulpo del sexo cuya oscura cueva es el sepulcro” (Rubén Darío, 1918, p. 86). En su ensayo *El caracol y la sirena*, observa Octavio Paz (1964) que una gran ola sexual baña toda la obra de Rubén Darío. “Pero, Dios mío, expresa Darío en su novela, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, ¿qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? ¿Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipa ‘al contado’ un poco de paraíso, voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea? Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a lo infinito tal como era, lleno de ansias y de incontenibles instintos” (Rubén Darío, 2013, I 30). “Como su vida de amor, comenta José María Vargas Vila, era tan miserablemente triste y vacía, tuvo necesidad de poner su sueño en las estrellas, para escapar a la espantosa vulgaridad que lo rodeaba; y, eran sus versos como un vuelo de libélulas fugitivas, alzadas del fango de un pantano; atraídas por el sol; por eso hay tristeza en los versos de Darío” (Rubén Darío, 2013, p. 70).

intrascendentes y que respondieron más a curiosidad o prurito artístico o presión del entorno que a una honda afirmación vital que cimentara sus creencias— en la masonería²⁸, el ocultismo y el esoterismo²⁹.

8. Ver florecer de eterna luz mi anhelo

Lo que sí conservó siempre, a pesar de todos sus yerros de hombre y de poeta, fue una honda sensibilidad religiosa³⁰, que por momentos estremecía el sustrato

28 En su *Autobiografía* de 1912, a sus 45 años, llama a los masones “esos terribles ingenuos”: “Cayó en mis manos un libro de masonería, y me dio por ser masón, y llegaron a serme familiares Hiram, el Templo, los caballeros Kadosch, el mandil, la escuadra, el compás, las baterías y toda la endiablada y simbólica liturgia de esos terribles ingenuos”. La referencia es a cuando tenía apenas 14 años y con sus aires masónicos adquiría cierto prestigio entre sus jóvenes amigos librepensadores. Ya en su madurez, Darío fue recibido con gran pompa en la Logia progreso No. 1 de Managua el 24 de enero de 1908, pero no suena muy entusiasta al respecto en su carta del 8 de febrero a su amigo masón Manuel Maldonado: “En verdad mis nervios no son para ciertas cosas y yo no debí haber pasado del umbral de la puerta” (Rubén Darío, 2000, p. 259). En el acto estaba presente Dionisio Martínez Sanz, español nacionalizado nicaragüense, que dejó el siguiente relato, según Acereda: “Armamos un cerrito que, por un lado, tenía escalones de piedras labradas, y por el otro, piedras irregulares rodadizas. Ayudados por los *expertos*, subió Rubén, con los ojos vendados, el lado de los escalones; pero al descender por la parte opuesta, las piedras se corrieron, se rodaron, el cuerpo parecía que iba a dar a un abismo, una voz dijo: ‘Dejadle que se despeñe; que se acabe de una vez este pecador’; pero otra dijo inmediatamente: ‘Detenedle, todavía se puede salvar’. Claro que todo estaba bien dispuesto, y no pasó a más que recibir un gran susto el nervioso novato postulante. Una vez Rubén, dentro de la Logia, terminada toda la ceremonia, pronunciados los discursos de salutación al neófito, etc., cuando se le instó a que hiciera uso de la palabra para que manifestara sus impresiones, y si tenía algo que objetar a cuanto había visto y oído en esa noche, Darío, que, -como todos sabemos- era muy parco para hablar, se puso de pie y con voz pausada dijo: “Señores: ahora que he visto la luz, y que me veo rodeado de caballeros, manifiesto a ustedes que lo que más me ha impresionado en esta noche, han sido unas palabras que, al casi rodar mi cuerpo por unas piedras, alguien dijo: ‘Dejadle que se despeñe; que se acabe de una vez este pecador’, y otras que, a continuación, en diferente tono, se oyeron: ‘Detenedle, todavía se puede salvar’. Yo, señores, no olvidaré estas últimas palabras, y haré por mantener en alto mi espíritu. Agradezco el abrazo que cada uno de ustedes me ha dado, y esta noche siempre estará en mi memoria” (Acereda, 2010).

29 Las innegables dimensiones heterodoxas de la proteica obra dariana han sido estudiadas a fondo por Sonya A. (1986) Ingwersen, *Light and Longing: Silva and Darío. Modernism and Religious Heterodoxy*, Peter Lang. “Este Darío cristiano fue también hombre de múltiples intereses. Se ocupó del lado heterodoxo de la tradición judeocristiana, como ya mostró Sonya Ingwersen. Se informó bien de otras religiones, se interesó por el esoterismo, la teosofía, el ocultismo. Fundió y refundió fragmentos de la teología católica con cosmogonías orientales, la Cábala con el brahmanismo, las doctrinas gnósticas con el pitagorismo, el martinismo, el rosacrucismo y la masonería” (Acereda, 2010).

30 Lo reafirma Capdevila: “Que Rubén Darío fue un pagano, es ciertamente la opinión que priva. Ahí están sus ninfas, sus náyades, sus sátiros, todos sus cortejos mitológicos, para probarlo.

pagano de su ser y le conmocionaba hasta lo más hondo. Uno de esos momentos de gracia significó para Darío su encuentro con León XIII. En su crónica *Peregrinaciones* del 4 de octubre de 1900 confiesa que antes de ver al papa

[...] sentía en el corazón y la cabeza mucho de lo que hubiera el día de la primera cita de amor, y de la publicación del primer libro; [...] el viejo feo de Zola (que en este momento encarnaba para Rubén el rancio espíritu anticlerical³¹), el papa de los periódicos, desapareció, se borró por completo de mi memoria para dar lugar al papa columbino, al viejecito sagrado que representa veinte siglos de cristianismo, al restaurador de la filosofía tomística, al pastor blanco de la suave sonrisa, al anciano paternal y al poeta. (Rubén Darío, 1987, pp. 89-90)

Y experimenta así vivamente en su corazón “la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de la nueva filosofía”. Esa fe de Darío, llamita vacilante que ni el

Es una opinión asaz superficial, sin embargo. La mitología de Darío no tenía más propósito que el artístico. [...] Pero alma adentro, en lo recogido de su ser, en la intimidad y silencio de su corazón, ya es distinto. Allá se acaban los sátiros y las musas se acuerdan de que él suele rezar el rosario por desayuno fortalecedor y que cree además en “la purificación del alma y hasta de la naturaleza por la íntima gracia de la plegaria” (Rubén Darío, 1987). He aquí pues que en su corazón manaba –un rasgo más de poeta universal– la fuente del sentimiento religioso; y así, apenas se le apagaba la fiebre de los sentidos, se le encendía de muy otros fulgores el alma. Por eso pudo escribir poesía de una ardiente religiosidad...” (Capdevila, 1969, p. 145). Importantes estudios sobre la dimensión religiosa de Darío son: Cabrales, L. A. (1966). El sentimiento religioso en su poesía. *Revista Conservadora*, (65) 85-88; Martínez Salcedo, M. (1975) Lo religioso en Rubén Darío, *Analecta Calasanciana*, XVII(34); Ernesto Gutiérrez, Discurso de ingreso a la Academia Nicaragüense de la Lengua, *El tema de Cristo en la poesía de Rubén Darío*; Louis Bourne, *Fuerza invisible. Lo divino en la poesía de Rubén Darío* (2000). En cuanto a la dimensión cristiana de su obra narrativa, véase el estudio de Ávila, M. (2020). Principios cristianos en los cuentos de Rubén Darío. *Revista Iberoamericana*, LXXXVI(273). <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/>

31 Acertadamente señala el estudioso dariano José María Martínez: “En su crónica *Cristo vuelve a los hospitales* Darío denuncia la apropiación del concepto de libertad por parte de aquéllos que acaban imponiendo restricciones a esa libertad en la vida civil, y denuncia igualmente la implícita desaparición social de las virtudes y valores representados en la figura de Jesucristo, del mismo modo que José Enrique Rodó iba a hacer en *Liberalismo y jacobinismo* (1906). En esa crónica Darío concluye reivindicando igualmente la esperanza que el cristianismo ofrece en los momentos de crisis personales y ante el trance de la muerte, una esperanza que para Darío no podían corroborar los avances científicos ni las filosofías racionalistas aceptadas por Loisy y otros modernistas (teológicos) . [...] Su anticlericalismo cuestiona sobre todo las conductas personales de algunos miembros de la Iglesia pero nunca llega a poner en entredicho la verdad del dogma” (Martínez, 2009). Y actualmente sostiene el erudito dariano Alberto Acereda: “Aunque Darío mezcló lo pagano con lo cristiano, lo profano y lo sagrado, su dimensión cristiana afloró siempre. Darío fue esencialmente católico y creyente, como se comprueba en *Cantos de vida y esperanza*” (Acereda, 2005).

sentimiento de culpa ni la duda lograron nunca sofocar, en momentos de gracia se tornaba llamarada abrasadora que inundaba su ser... “Vuelvo —decía entonces— mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo” (Rubén Darío, 1987, pp. 89-90).

¡Ah, fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y Requiescat in pace!
Poder matar el orgullo perverso
y el palpitar de la carne maligna,
todo por Dios, delante el universo,
con razón que sufre y se resigna.
Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo. (La cartuja)

9. La madre María

Dice además Darío de Benjamín Itaspes, su alter ego literario: “se acogía en las grandes angustias y aperturas de ánimo a la Virgen, a María” (Rubén Darío, 2013, rv 77). Ese íntimo detalle de la piedad del poeta sobrevendrá por sorpresa únicamente a quien nunca haya leído su tiernísimo relato *La virgen negra* (Havre), donde se explaya en piadosas alabanzas a la Madre de Cristo, cuya broncea imagen veneraban en El Havre los rudos marineros de Bretaña:

De todas las manos que se tienden a ella bajo la tormenta, ¿cuál es la que no halla apoyo? Tú, que te hundes, no tienes en tus labios sino palabras de blasfemia y de desesperanza... El milagro existe. El milagro lo cuentan pescadores canosos, domadores de vientos. El que no cree en el milagro, no ha rogado nunca en una inmensa desgracia, no ha tenido jamás el momento de pedir llorando, con el alma, un algo de su piedad y su dulzura a la madre María. Ella tiene siempre la sonrisa en sus místicos labios. Ella tiene a cada instante el gesto de salvación, la mirada de aliento, lo que apacigua a Behemot, y lo que detiene a Leviathan. (Rubén Darío, 1918, p. 130)

Tanto en su *Autobiografía* como en su Prólogo que es página de vida, reunido en *Todo al vuelo*, alude Darío a un detalle poco conocido de su adolescencia: que entonces fue miembro de la Congregación Mariana promovida por los padres jesuitas³². El estímulo recibido de ellos para desarrollar sus portentosas facultades musicales fue además decisivo en su vida; trascendió a su arte poético y literario y repercutió en toda Hispanoamérica a través del Modernismo.

10. Yo, nada

Volviendo ahora a su estadía en Mallorca, Sureda relata que a instancias del propio Rubén llegó de visita desde Barcelona el poeta y diplomático dominicano Osvaldo Bazil; fue al día siguiente de su confesión con el padre Hupfeld, un 12 de noviembre de 1913, y lo encontró postrado de ebriedad. El desaliento de Rubén por su humillante recaída se refleja al desnudo en sus cartas escritas desde Valldemosa a Julio Piquet, amigo uruguayo que representaba los intereses de *La Nación* de Buenos Aires en París:

Sigo, desgraciadamente, lentamente el calafateo de mi cuerpo y de mi espíritu, pero lo creo, por fin, muy difícil, y, sobre todo, la crisis fatal. Por consecuencia, no se podrá jamás, sino domar, cuando se presenta la fiera, es decir, periódicamente. ¡Y qué se va a hacer! La vida es única e inmodificable, y las modificaciones son el rehacer de la vida. [...] Aunque mi salud va mejorando, siento a veces grandes desalientos y tristezas. Yo contaba, para rehacer mi vida, con la hacedera separación. No obstante, siento ya lo triste de mi soledad, después de catorce años de vivir acompañado. Hasta con los animales se habitúa uno. Y luego, cuando hay afecto y lástima. [...] El estado moral, o cerebral, mío, es tal que me veo en una soledad abrumadora sobre el mundo. Todo el mundo tiene una patria, una familia, un pariente, algo que le toque de cerca y le consuele. Yo, nada. Tenía esa pobre mujer —y mi vida, por culpa mía, de ella, de la suerte, era un infierno—. Y ahora, la soledad. Apenas el trabajo logra por momentos

32 “Entré en lo que se llamaba la Congregación de Jesús” (*Autobiografía*, vi), dice Darío en referencia a lo que en realidad era la Congregación Mariana que promovían los jesuitas. Así lo ratifica en *Prólogo que es página de vida*: “Fue, pues, Luis Debayle uno de mis primeros compañeros de armonía. Así en acordeón, cielo azul, u órgano en la iglesia de La Recolectión, de los jesuitas. O en San Ramón, donde tanto él como yo y tantos otros ostantamos en el pecho la cinta azul y la medalla de oro de los congregantes: Oh María, / madre mía, /dulce encanto/ del mortal...” (Rubén Darío, 2018, p. 76).

quitarme la dura preocupación. ¡Mi misma fe es tan a tientas! Sea lo que Dios tenga dispuesto. (Rubén Darío, 2000, p. 371-374)³³

De su huésped nos dice Sureda:

Fue Rubén a Valldemosa lleno de propósitos de conversión de vida. Dejó en París a Francisca y Rubencito, él atento a la educación de este y a no dejar abandonada aquella, pero con ánimo absoluto de apartamiento corporal. El alcohol nefando proscrito para siempre. (Sureda, 1946)

Rubén posa en esos días para su anfitriona Pilar Montaner³⁴, quien le inspira confianza y respeto y a quien comunica sus más íntimas inquietudes. La artista, que en sus lienzos atrapaba el tormento vegetal de los olivos milenarios de Mallorca, fracasa en su intento de reflejar el alma atormentada del poeta, “entre sus anhelos de cristiano y su sensibilidad pagana” (Sureda, 1946).

A punto de regresar a Barcelona Osvaldo Bazil, sube a Valldemosa el periodista Pedro Ferrer Gibert (1885-1955) en compañía del fotógrafo Gómez, que sacará las cuatro famosas fotografías³⁵ de Rubén vestido de cartujo.

33 En su respuesta desde París del 27 de diciembre de 1913, Piquet le recomienda enrumbarse de nuevo hacia la Argentina, donde podría obtener una pensión y descansar en el campo, y le comunica el alivio de Francisca por su ausencia: “En cuanto a Francisca no creo que esto la disgustara. Ella está contraída a la educación del niño; la vida tranquila le ha hecho un gran bien, y mira con cierto pánico la vuelta a la vida conyugal, llevada en forma melodramática” (Conde, 1964, pp. 104-105). Piquet sin embargo se equivocó. La despedida final en Barcelona el 25 de octubre de 1914 fue todo un drama: “Francisca y su hijito, llorando sin consuelo, acompañan al poeta (a bordo del vapor *Vicente López*) y se disponen a pasar a su lado la última noche. Todo el tiempo estuvieron abrazados los tres en el camarote, sin dormir, recelando del alba. Llega la hora de zarpar, y a Francisca y Güicho les obligan a abandonar el barco” (Conde, 1914, p. 110). Por su parte, Rubén también sufre por la separación. En la última carta suya que se conserva, dirigida a Emilio Mitre en Argentina, de la primera semana de enero de 1916, un mes antes de su muerte, expresa: “Me agobia pensar en la situación de mi hijo en Europa, en la miseria, abandonado. ¡Y Francisca! ¡Ah, esto es terrible!” (Rubén Darío, 2000, p. 404).

34 Pilar Montaner (1876-1961) fue una pintora que evolucionó hacia el impresionismo y el surrealismo. Entre 1901 y 1904 recibió lecciones de Joaquín Sorolla. Contrajo matrimonio con Juan Sureda en 1896. Entre 1913 y 1922 pintó los ancestrales olivos de Mallorca, plasmando en sus lienzos dolor y pasión.

35 Una de Rubén solo; otra con sus anfitriones Pilar Montaner y Juan Sureda; otra más con Osvaldo Bazil y Ferrer Gibert y la última con Bazil y el comerciante Banqué.

11. Rubén de cartujo

Dejemos que sea otra vez Sureda quien describa la entrañable escena:

Una mañana paseábase Rubén por el claustro de casa que, aunque del siglo xvi, parece en algo románico y, volviéndose de pronto a Pilar le dijo: “Yo debía haber sido cartujo. ¿Por qué no he sido cartujo?”. Entonces ella corriendo y callada se apresuró a sacar un hábito de cartujo y al instante, sin decir palabra, se lo presentaba e investía ella misma a Rubén, que quedaba todo sorprendido y como hechizado por vestido de magia diciendo: “Pero, ¿de dónde ha salido esto? ¿Era de un cartujo?”. “No, decía Pilar. Es una mortaja, la mortaja de Juan”. Mirábase y remirábase Rubén, cruzábase los brazos dentro de las mangas, sentábase en los grandes sillones de respaldo y abrazaderas a la manera frailuna en gran delectación y llevó muchos días sin quitárselo, el hábito, y se encerró en su cuarto, una antigua celda del primitivo convento, y quiso silencio y soledad aun de nosotros mismos. Me suplicó hartas veces que no se le interrumpiera en ese su silencio y apartamiento. (Sureda, 1946)³⁶

36 Por su parte, su esposa Pilar Montaner en sus *Memorias* refiere así la escena: “Rubén... me decía un día, paseándose por el claustro de casa profundamente abstraído y pensativo: ‘¿Por qué no he sido vicario de Binissalem?’ Se callaba un rato largo, y luego decía: ‘¿Por qué no he sido cartujo? ¿Por qué no he sido cartujo?’ Esto lo repitió entre dientes suavemente varias veces mientras seguía paseando con la cabeza baja como si meditara, y luego se sentó en una de las sillas frailunas que estaban allí. Entonces fue cuando me acordé de que teníamos en casa el traje de cartujo que Juan había traído para su mortaja, en un viaje que hizo a Suiza a la Gran Cartuja de Chamonix, que se lo había mandado hacer a su medida (éramos aun recién casados). Saqué el traje de la cómoda, me fui al claustro. Rubén seguía sentado y se lo puso. ¡No volvía de su asombro! Se miraba, no sabía lo que se hacía. Le pasé el escapulario por la cabeza, le puse la capucha, se levantó y empezó a pasarse las manos por dentro de las anchas mangas. Y volvió a pasear... ¡Ya no se quitó el traje hasta que fue necesario quitárselo, y se lo quitamos Francina y yo!”. Vargas Vila a su vez refiere: “Rubén me confesaba que (en Mallorca) había sentido el deseo vehemente de ser monje... abismarse en la Meditación y en la Contemplación; apoyar las alas de su Musa, en esos dos polos inmóviles de la Poesía, que son como dos fuentes ascensionales de la Inspiración; y, me mostraba sonriendo una fotografía que había hecho vestido con el frac de los frailes insulares” (Rubén Darío, 2013, p. 63). Darío mismo, en cambio, atribuye a Osvaldo Bazil la ocurrencia de vestirlo de cartujo: “Evoco... una tarde en que el poeta Osvaldo Bazil se empeñó en vestirme de cartujo. A los Sureda les supo bien la gracia y yo en verdad me sentía completamente cartujo bajo el hábito que llevaba. Llegué a pensar que acaso era lo mejor y en donde hallaría la felicidad. Y llegué a soñar, a sentir, en mí, la mano que consagra y acerca hacia la paz de la vieja cartuja” (Rubén Darío, 1966). Bazil mismo ratifica la versión de Rubén: cuenta que después de una tremenda crisis alcohólica, “dejó de sentir la necesidad de más alcohol. Durmió mucho, y a los dos días ya estaba fuera de ese estado. Entonces fue cuando lo vestí de cartujo, para llevarlo a la mesa. Fue una fiesta la ocurrencia. Gracias a ella escribí una de las más bellas poesías del habla castellana. Bajo aquel hábito él se sentía cartujo de verdad” (Bazil, 2016, p. 83).

Fue en ese apartamento que concibió Rubén su excelso poema *La cartuja* en una noche de principios de diciembre. Se apresuró a leerlo a doña Pilar Montaner, su dilecta anfitriona, de cuyo juicio estético y humano mucho se fiaba: “Oiga lo que he escrito esta noche, en la cama, a las cuatro –le dice–. Es para usted. Es lo mejor que he escrito en mi vida” (Sureda, 1946):

Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia,
que al Ángel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablas malas.
Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.
Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.
Darme otras manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y, no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.
Darme otra sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.
¡Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja! (2013, iv, 82)³⁷

³⁷ Este gran poema de Darío evoca otro ardiente de Paul Verlaine en *Sagesse*, donde el poeta francés ofrece a Dios su alma, su sangre, su frente, sus manos, su corazón, sus pies, su voz y sus ojos: “*Vous connaissez tout cela, tout cela / Et que je suis plus pauvre que personne, / Vous connaissez tout cela, tout cela*”. (Verlaine, 1943, pp. 131-133). Los poemas de Verlaine entrañan, como los de Darío, el dolor del penitente y los éxtasis del místico. Hay en *El oro de Mallorca* un pasaje paralelo a estas estrofas de *La cartuja*, solo que allí la plegaria, porque también se trata de una plegaria dirigida a Dios, va en sentido inverso: el de la rebeldía y la insumisión: “Tengo estos ojos ansiosos de bellos espectáculos, esta boca deseosa y sedienta de gratos gustos, estas

12. Anhelos de santidad

En Mallorca experimenta Darío como nunca en su vida verdadero anhelo de santidad, ansia de purificación interior, que se vuelca magistralmente en su poema La cartuja. “La gracia virgiliana del ámbito mallorquín devolvíame paz y santidad”, expresa el mismo poeta en la Postdata de su *Autobiografía* (1966). Su deseo más ferviente ahora es ser transformado por el toque divino de la gracia:

La gracia, centella invisible, y algunas veces visible, conmoción inenarrable que transforma un espíritu, que abre los ojos a un mortal ciego, que trae el cumplimiento de un destino se diría que por orden expresa de lo Infinito. La que en el trueno llega a Pablo; la que en los días nuestros y en París babilónico transforma en santo a un escritor refinado y conocedor de todas las lujurias y sensualidades como Huysmans; y convierte a otros varones de pecado en devotos y adoradores de las virtudes del catolicismo. La gracia podría venirle a él por medio del prodigio musical. (Rubén Darío, 2013, iv 79)

Darío en sus cavilaciones de *El oro de Mallorca* incursiona incluso en altísima teología al definir la santidad como “el holocausto del existir”, como “el arte sumo elevado a la visión directa del Completo teológico, purificado por lo infinito del fuego de los fuegos. Es la locura del Señor. *Stultitia dei*” (Rubén Darío, 2013, ii 46). Hay aquí un eco sutil de la Primera Carta de Pablo a los corintios: “*Nam stultitia Dei sapientior est hominibus, et infirmitas Dei robustior est hominibus*”: “porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres” (1 Co 1, 25), aludiendo claramente a la Cruz de Cristo.

Aún acosado por la tentación, la incertidumbre y la duda, Darío sin embargo es arrastrado por un ímpetu sagrado. Experimenta en su ser profundo un

narices que buscan aspirar deleitosos perfumes, estas orejas que tienden a todos los armoniosos sonidos, este cuerpo todo que va hacia los contactos agradables, a más del sentido del sexo, que me une más que ninguno a la palpitation atrayente y creadora que perpetúa la vitalidad del universo. Y, sin embargo, has puesto delante de mí el espectro del pecado, la incomprendibilidad del dogma, y nada de la ceguera espiritual, de la supervisión con que favoreces a tus escogidos” (2013, iv 82). Curiosamente, aquí para Darío son los escogidos de Dios quienes padecen ceguera espiritual (¿o acaso poseen visión superior?, el poeta aparentemente duda), todo lo contrario del poema, donde dice de los monjes que: “Mortificaron con las disciplinas y los cilicios / la carne mortal y opusieron, orando, las divinas / ansias celestes al furor sexual... Y fueron castos por dolor y fe, / y fueron pobres por la santidad, / y fueron obedientes porque fue / su reina de pies blancos la humildad”.

sobrecogimiento misterioso, proclive a percibir en el arte y la belleza reflejos de otra realidad trascendente:

El arte, algo de Dios, ventana por donde algo de Él se sospecha percibir; algo que se relaciona con lo que está más allá del planeta en que nos volvemos locos. [...] Dios está en el Arte, más que en toda ciencia y conocimiento. [...] El arte, como su tendencia religiosa, era otro salvavida. Cuando hundía, o cuando hacía flotar su alma en él, sentía el efluvio de otro mundo superior. La música era semejante a un océano en cuya agua sutil y de esencia espiritual adquiría fuerzas de inmortalidad y como vibraciones de electricidades eternas. (Rubén Darío, 2013, II 23, 44, 46)

Darío nunca pudo sustraerse a ese otro “mundo superior” que, por medio del arte, le reclamaba su regeneración espiritual. Quienes le conocieron íntimamente, atestiguan que en medio de todos sus vicios conservaba un inexplicable halo de candor y de pureza³⁸. En las honduras de su alma y a pesar de sus pecados, conservaba Darío la humildad, la conciencia de su culpa nefanda, desde donde se elevaba su anhelo hacia Dios. Nos lo atestigua nada menos que don Miguel de Unamuno:

Se conocía y ante Dios –¡y hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor espiritual de la indianidad!– hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. Se decía algunas veces pagano, pero yo os digo que no lo era. (Unamuno, 2016, p. 110)

38 Dice de él su íntimo amigo José María Vargas Vila: “La vida lo hirió y no lo manchó... se durmió en el fango, y permaneció impoluto, blanco, como un ánade salvaje; nunca un alma más pura se albergó en un cuerpo más pecador, sin mancillarse; era como un rayo de estrella reflejado en el fondo de un pantano”; “Darío murió fronterizo a los cincuenta años, con el alma impúber de un catecúmeno cristiano, que bordara sus sueños en las hojas trenzadas de una palma pascual” (Rubén Darío, 2013, p. 63). Dice también: “Nada más bello que la sonrisa de Darío; era una flor de candor” (p. 13); “Fue espléndido y fraternal, de una ingenuidad infantil, que era el más bello atractivo de su carácter”; “Defendía a sus amigos, y no hablaba mal de nadie, ni aun de aquellos que le habían hecho mayor mal” (p. 23). Afirma también que Darío “no solo era el primero entre los grandes, sino el primero entre los buenos” (p. 24). Y don Miguel de Unamuno lo confirma en su maravilloso artículo necrológico sobre Darío, titulado *¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!*, publicado en la revista *Summa* del 15 de marzo de 1916: “Aquel hombre, de cuyos vicios tanto se habló y tanto más se fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañablemente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde” (p. 109). Por último añadamos el testimonio de otro amigo: Santiago Argüello: “En medio de todo, Rubén fue candoroso. ¡Niño! ¡Niño en su niñez, niño en la virilidad y niño hasta la muerte!” (2014).

13. Balance de una obra

En ese año decisivo de 1913, Darío hacía balance de su vida. En julio publicaba en *La Nación* tres espléndidos artículos reunidos luego en *Historia de mis libros*³⁹, donde daba razón de su estética y confesaba su fe religiosa. Poco se ha reparado en los comentarios que el poeta hace allí a su propia obra poética desde una perspectiva cristiana. Si bien insiste, como usualmente lo hace, en su alma escindida, donde habita

[...] la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios. (Rubén Darío, 1987, p. 86)

También manifiesta su voluntad de adhesión a Cristo. Al hacer repaso de su obra poética desde una perspectiva de madurez, Darío destaca en ella los vestigios cristianos: escasos ciertamente en *Azul*, donde más bien censura su propio poema *Anánke*, “que no se compadece con mi fondo cristiano” y que atribuye a “un momento de desengaño” y al “acíbar de lecturas poco propias para levantar el espíritu a la luz de las supremas razones” (1987)⁴⁰; al repasar *Prosas profanas* destaca en su *Responso a Verlaine* “las dos fases de su alma pánica, la que da a la carne y la que da al espíritu; la que da a las leyes de la humana naturaleza y la que da a Dios y a los misterios católicos, paralelamente” (Rubén Darío, 1987, p. 72). Sin duda, tales palabras se las aplicaría Darío a sí mismo, que, como su *pauvre Lélian*, era también hombre de cumbres y abismos. Al tocar el turno a su obra cimera *Cantos de vida y esperanza* las alusiones religiosas se tornan más explícitas y frecuentes: el título, declara el poeta, “si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda, o de

39 Alterando la cronología de sus obras, estos artículos vieron la luz en *La Nación*: el primero sobre *Prosas profanas*, el 1 de julio; el segundo sobre *Azul*, el 6 de julio, y el tercero sobre *Cantos de Vida y esperanza* el 18 de julio, todos en 1913.

40 En *Anánke* el joven Darío ironizaba sobre la creación del buen Dios, en la que coexisten palomas y gaviñanes. Ahora comenta: “El más intonso teólogo puede deshacer en un instante la reflexión del poeta en ese instante pesimista, y demostrar que tanto el gaviñán como la paloma forman parte integrante y justa de la concorde unidad del universo; y que, para la mente infinita, no existen, como para la limitada mente humana, ni Ahrimanes, ni Ormuz” (Rubén Darío, 1987, pp. 50-51). Ahrimán y Ormuz representaban en la religión de Zoroastro de los antiguos iraníes el bueno y el mal espíritu que regían un mundo en constante dualidad.

temor a lo desconocido, al más allá” (Rubén Darío, 1987, p. 89) y añade luego: “Quizá hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje martirizador de nuestros nervios” (Rubén Darío, 1987, p. 93). Toma aquí el poeta distancia de sus creaciones más angustiosas, atribuyéndolas a estados de ánimo torturantes y pasajeros⁴¹. Para concluir diciendo:

Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparecen de nuestro cuerpo. En mi desolación me he lanzado a Dios como a un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaídas. (Rubén Darío, 1987, p. 1)⁴²

Y espiga entre las “verdades de su vida” ciertos versos sueltos de su obra, tan expresivos y reveladores como estos tres: “el grano de oraciones que floreció en blasfemias, los azoramientos del cisne entre los charcos [y] el falso azul nocturno de inquerida bohemia” (1987, p. 93). ¡Contradicciones íntimas que le acompañaron toda su vida! Sincera es su confesión:

La oración me ha salvado siempre, la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas, ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos? He cruzado por lodazales. Puedo decir, como el vigoroso mejicano: “Hay plumajes que cruzan el pantano, y no se manchan: mi plumaje es de esos”. (Rubén Darío, 1987, p. 95)

Otros poemas de contenido cristiano, destaca Darío en esa evocación de madurez:

En Los tres reyes magos se afianza mi deísmo absoluto; [...] en Canto de esperanza vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito

41 “En *Lo fatal*, contra mi arraigada religiosidad y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda” (Rubén Darío, 1987, p. 101).

42 De su alter ego Benjamín Itaspes escribe Darío: “decía, todas las noches, su Padre-nuestro. Pues Itaspes había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combatido, y de su vida agitada y errante, mucho de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América” (Rubén Darío, 2013, 1 27).

por su retorno, como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres... Spes asciende a Jesús, a quien se pide, contra el sañudo infierno, una gracia lustral de iras y lujurias. (Rubén Darío, 1987, pp. 89-91)

Es ese Darío el que llega a Mallorca a fines de 1913, exhausto del desenfreño de su vida parisina, el que es acogido con exquisita bondad por don Juan y doña Pilar Sureda. Juan era estudioso de Raimundo Lulio y Pilar una pintora que trasladaba a sus lienzos los olivares mallorquines, arrancando a los olivos “su ademán de muertos deseosos de clamar al cielo sus misterios y enigmas” (Rubén Darío, 1966, Postdata). Darío reconocería en esa “espiritual pintora” a una mujer superior que le haría mucho bien con su palabra creyente, por lo que en la Postdata a su *Autobiografía* le manifiesta su agradecida admiración.

14. Claudicante e indeciso

Sin embargo, se siente claudicante e indeciso, “con una inteligencia de las cosas que me aleja cada día más de la fuente de la fe, contra mis deseos, contra mis querer, contra la decisión de mi voluntad” (Rubén Darío, 2013, iv 81). Y en su desgarramiento interior prorrumpe en una oración conmovedora y desesperada:

Señor, yo quiero creer en ti como el carbonero. Dame la sacra estulticia. Dame que sea como los campesinos, como los limpios de corazón, como los pobres de espíritu, dame tus bienaventuranzas. Estoy perseguido por la negrura de la incertidumbre. Sé que debo morir un día; sé que estoy, sin saber cómo, en esta inmensa esfera de tierra y que mi sangre y mis nervios y mi temperamento me dominan y me dirigen. (Rubén Darío, 2013, iv 81)

Pero su plegaria colapsa y se despeña en el fatalismo:

No me siento libre; no existe la libertad. No existe para la inmensa naturaleza insensible a la manera humana ni el bien ni el mal. Todo es y será y ha sido por ti. Uno de tus nombres, Señor, es “Fatalidad”. (Rubén Darío, 2013, iv 81)

Conclusión: *lasciate ogni speranza*

Demás está decir que esta fue una tentación recurrente en Darío: atribuir a Dios la esclavitud de su voluntad a las incitaciones desordenadas de sus sentidos, negando el poder regenerador de la gracia y el libre albedrío. Excusa conveniente para el hombre esclavizado por sus pasiones. En su crónica *Las tinieblas enemigas*, recogida en su libro *Opiniones*, repite su postura fatalista al comentar la muerte del desventurado poeta francés Maurice Rollinat (1846-1903), a quien Darío describe sometido a

[...] la obligación estética de la desesperación, a los paraísos artificiales que no son sino infiernos verdaderos, llámense alcohol, morfina...; a los horrores de la pasión carnal, y que cultivaba una manera de mirar la existencia por su parte oscura, fúnebre, diabólica y era autor de poemas de sombra, de noche, de miedo y de sangre (Rubén Darío, 1990, pp. 128-131).

Rollinat, tras la muerte de su mujer a causa de la mordedura de un perro rabioso y siendo autor de un poema premonitorio titulado *La rabia*, donde había descrito las ansias de morder de una rabiosa que mordía sus propias manos y golpeaba su cabeza, apeteciendo morder cuellos ajenos para beber de su sangre, acaba naufragando en la locura. Y Darío comenta así su vida:

*Talis vita, finis ita*⁴³. Todo es uno en el hombre: existencia, obras, impulsos; la fatalidad, que tiene muchos nombres, rige la vida, desde el espermatozoario hasta la podredumbre. Y así hay la fatalidad del bien como hay fatalidad del mal, fatalidad angélica y fatalidad demoníaca. (Rubén Darío, 1990, pp. 125-126)

Darío columbra aquí por sí mismo la sombría doctrina de la predestinación de Calvino, según la cual el destino final sería prefijado por Dios desde la eternidad. Imposibilitado de sustraerse a vicios y deformidades morales, el ser humano estaría condenado de antemano. Terrible doctrina que sustenta Darío en momentos de pesadumbre y desengaño, cuando duda de todo, no solo de sí mismo y de su libertad, sino también de Dios y su eternidad.

Impotente para afianzar sus pasos por el camino sobrio del bien, Benjamín Itaspes se entrega al pesimismo del propio Darío:

43 Tal la vida; así termina.

Estaré, pues, condenado a volver a la lucha de las miserias entre la manada de lobos sociales. Habré de seguir soportando el contacto de viscosas alimañas. Tendré que defenderme de mis propios nervios con la habitual droga funesta, que a su vez seguirá siendo la más temible de las enfermedades. Sufriré el horror de la muchedumbre, la ‘tiranía del rostro humano’, los efluvios hostiles que se desprenden de cada bípedo lobo que pase cerca de mí. Atacaré mi sensibilidad el demoníaco *odor di femina*, y seguiré obsesionado por toda suerte de fantasías carnales y pecaminosas, yo que a cada instante estoy tentado a creer en la no existencia del pecado. Y seguía en sus reflexiones que en el fondo le infundían una inmensa tristeza. (Rubén Darío, 2013, 128-129)

El poeta desemboca así en un callejón sin salida: subyugado por su dipsomanía y su sensualidad, se entrega a fantasías fatalistas, duda de Dios y de su propia libertad, pierde el impulso hacia la gracia regeneradora y se justifica a sí mismo negando la diferencia entre el bien y el mal. Experimenta en consecuencia una inmensa tristeza, que lo hunde en una vorágine autodestructora. En la misma medida que aleja de sí el ímpetu hacia el amor de Dios, sucumbe a fantasías misantrópicas.

Allen W. Phillips, que rescató el texto de *El oro de Mallorca* de los archivos del diario *La Nación* en 1967, conjetura que el apellido del protagonista Itaspes bien podría significar *Ita-Spes*, o sea, esperanza ida en latín; sombría conjetura que nos sitúa ante el umbral del Infierno de Dante: “*Lasciate ogni speranza, voi ch’intrate*”.

La Navidad llega sin embargo a Mallorca: Rubén celebra la Noche Buena a la mesa de sus anfitriones, junto con sus once retoños. Arde la chimenea y crepita de regocijo la familia. Contemplando aquel cuadro de dicha hogareña, vedado para él, Rubén se siente invadido por una gran nostalgia:

A Pilar y a mí –cuenta Sureda– una gran pena al observarle nos invadía. El optimismo de los primeros días en que le veíamos cobrar de salud sus carnes, manifestar él su fe en una nueva vida que nos prometíamos todos más larga, apartada del fatal veneno, su propia alegría y su gran contento, todo se trocaba en la visión de una muerte próxima, cruel, que le estaba acechando y preparaba su guadaña, terminada ya su grande obra, de él, que como La Cartuja nos decía podía aún proseguir levantando monumento sobre monumento. ¡Y aquella su cruel tristeza y amargura en aquel día! La noche del día de Navidad fue de gran desasosiego. (Sureda, 1946)

¡Tristísima la intempestiva despedida de Valldemosa! Arrebatado por el demonio del alcohol, Rubén sucumbe. Quiere partir. “Ahora soy libre”, exclama. “Puedo hacer lo que quiera”, y, abiertamente, saca su botella de ron y bebe sin parar alguno y presa de gran excitación (Sureda, 1946). Besa con verdadera unción la frente de Pilar Montaner y obsequia generosamente a los niños y a Francina. Enganchan el coche. Cuando en lontananza aparecen las torres de la Catedral de Palma, el beodo ordena al cochero que pare:

Y descubriéndonos, me hizo dirigir Rubén un padrenuestro que, con gran fervor y humillada su cabeza, contestaba él y así también el cochero. Acabado de rezar, señalando con su dedo al cielo, dijo: “Ese que está ahí arriba siempre me ha protegido. Él me protegerá ahora”. Siguióse un gran silencio y en gran silencio atravesamos la ciudad para llegar al Hotel Alhambra. (Sureda, 1946)

Tras mudarse al suntuoso Gran Hotel de Palma y consumir varias botellas de champán, Rubén, noctámbulo, se lanza a la calle, donde ya todos los bares y restaurantes están cerrados. En una farmacia suplica una bebida alcohólica y le ofrecen una botella de vino de quina, para tomar por cucharaditas, y él la consume ávidamente en pocos sorbos. En la soledad de la noche busca refugio en casa de su amigo el poeta Gabriel Alomar, pero este se niega a abrirle sus puertas, de lo que queda muy dolido. En su desamparo es escarnecido por golfos de la calle. Un guardia lo lleva finalmente a la casa de socorro del Ayuntamiento. Aquello, en verdad –como había dicho el propio Darío de Verlaine, en el capítulo xxxii de su *Autobiografía*– era triste, doloroso, grotesco y trágico.

Tras esas y otras peripecias, Rubén finalmente zarpa esa tarde para Barcelona. Ya en el muelle, viene la emotiva despedida, en la que Sureda le encarece:

“Desde donde te halles, como quiera que te encuentres, vuelve así como tengas voluntad de ello. Tienes tu casa donde siempre nos tienes”. Llorábamos. ¡No habíamos de vernos más! Yo lo tenía por cierto. “¡Por Dios, añadí, no te envenenes, no te mates. Te queremos vivo!”. Él me aseguró que ya había dado órdenes a los camareros del vapor de no servirle sino gaseosas y limonadas en el viaje. (Sureda, 1946)

Meses después quiso Rubén viajar junto con Sureda al monasterio de Montserrat, mas el viaje no se realiza. ¡Lo que hubiera escrito Rubén Darío sobre ese maravilloso lugar de Cataluña!

Me he permitido citar ampliamente el conmovedor testimonio de Juan Sureda sobre la segunda estadía de nuestro Rubén Darío en Mallorca, por ser aún desconocido⁴⁴ en Nicaragua y porque se publicó solo setenta y tres años después de ser escrito, en 1996, gracias a la catedrática mallorquina María del Carmen Bosch (1996)⁴⁵. Probablemente ningún biógrafo de Darío lo haya aprovechado todavía:

Los días que habitó esta casa —concluye emotivamente Sureda su maravillosa carta a Jorge Guillén— la llenó de hondísimas vibraciones que parecían trascender no solo a todas las personas, visitantes y gentes de servicio, sino a las mismas cosas. Sus ideas, que prodigó copiosamente, se convirtieron en seres alados que llenaron los ámbitos, haciéndose como sensibles para todos, hasta los más rústicos. ¡Mi alma se llena de emoción y mis ojos de lágrimas al recuerdo del altísimo poeta cuya alma tan íntimamente se enlazó con la nuestra y con quien tanto gozamos y sufrimos! (Sureda, 1946)

La contradicción íntima de Darío entre su instinto pagano y su anhelo cristiano no se resolvió nunca, a no ser en su agonía. Todavía en la última carta suya que conservamos, escrita en Managua apenas un mes antes de su muerte y dirigida a Emilio Mitre de *La Nación* de Buenos Aires, expresaba:

En mis deseos está el mejorarme un poco para irme al campo, gozar de soledad, de buena mesa y montar un burro como Sileno para caminar al sol, y sentir el

44 Hasta ahora tan sólo se conocía en Nicaragua su carta al Dr. Julio Piquet, enviada desde Valldemosa el 6 de enero de 1914, pocos días después de la partida de Rubén. Allí expresa: “¡Gran dolor, inmensa pena me causa Rubén! Tantos talentos, tan excelsa alma enfangada. He podido convencerme hasta la evidencia que cuando mejor juzga, cuando mejor escribe, es cuando se halla lejos del alcohol. Cuando lleva un mes de no catarlo es cuando su pluma adquiere fuerza y corrección. Fluyen diáfanas las palabras, los giros son hermosos y el concepto es profundo. Cuando se halla alcoholizado la forma se deforma, hay luces también pero hay tinieblas. Para su vida sabemos que le es mortal el alcohol. Para su producción artística le estorba. Yo quiero a nuestro amigo, mucho. Empecé a admirarle como poeta. Después le quise. Hoy ya para mi amor no me importan ni su celebridad, ni el esplendor que irradiando de él pueda alumbrarme” (Gómez 2007, p. 250). En este contexto nos parece atinada la sobria opinión de Antonio Oliver Belmás: “A Rubén le faltó en Mallorca o en París un tratamiento racional de desintoxicación, como actualmente se hace con los enfermos de su tipo. Arrancarlo del alcohol a base de su supresión radical, científicamente es nocivo y muy peligroso, porque ello podía producirle graves ataques e incluso la muerte. Y la lucha constante entre la sed de los excitantes, de los que físicamente no podía prescindir, y la repugnancia mental de ellos constituía uno de los agonismos de Darío” (Oliver, 1960, p. 306).

45 La profesora Bosch es también autora del libro *Rubén Darío en Mallorca*, que reproduce las fotografías del poeta en hábito de cartujo y otras más de Valldemosa.

soplo libre del monte. O de no restablecer, pues hacer vida epicúrea, ¡hasta reventar! (Rubén Darío, 2000, p. 404)

Pero el Darío más profundo era otro. Era aquel que al final de su *Autobiografía*, contemplando ya en retrospectiva la totalidad de su vida, había dicho de sí mismo: “¿Por qué no fui lo que yo quería ser, por qué no soy lo que mi alma llena de fe pide, en supremos y ocultos éxtasis al buen Dios que me acompaña?” (Rubén Darío, 1966, Postdata en España). Y el que en su crónica Diorama de Lourdes había exclamado:

Bendito sea todo aquello que no nos aleja toda esperanza y que nos haga creer que después de todas estas miserias en que luchamos, hay un incomparable paraíso, como el que saben los teólogos y sueñan los verdaderos poetas, y no la nada, ese paraíso de los imbéciles, como dice el gran Barbey d’Aurevilly.

Referencias

- Acereda, A. (2010). *Dos caras desconocidas de Rubén Darío: el poeta masón y el poeta inédito*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Acereda, A. (2005, 19 de mayo). Un poeta creyente: Rubén Darío. *Libertad Digital*. <https://www.libertaddigital.com/opinion/libros/un-poeta-creyente-ruben-dario-1276230155.html>
- Argüello, S. (2014, 8 de febrero). El Rubén de mis recuerdos. *Nicaragua: desde el mirador de nuestra historia*. <https://eduardoperezvalle.blogspot.com/2014/02/el-ruben-de-mis-recuerdos.html>
- Azorín. (2012, 30 de marzo). En Valldemosa: la casa de Sureda. *Alta mar*. <http://fabian.baleareweb.net/post/109111>
- Bautista, F. (2013). El último año de Rubén Darío. *El Nuevo Diario*.
- Bestard, B. (2013, 8 de septiembre) Darío en su primera visita a la “ciudad de oro”. *Diario de Mallorca*, <https://www.diariodemallorca.es/palma/2013/09/08/dario-primer-visita-ciudad-oro-3883934.html>
- Bosch, M. (1996). La segona estada de Rubén Darío a Mallorca. Catorze respostes de Joan Sureda a Jorge Guillén. *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana: Revista d’estudis històrics*, (52), 393-412.
- Bazil, O. (2016). *Biografía de Rubén Darío*. Sociedad Nicaragüense de Jóvenes Escritores.
- Capdevila, A. (1969). *Rubén Darío, Un bardo rei*. Editorial Espasa Calpe.

- Conde, C. (1964). *Acompañando a Francisca Sánchez (resumen de una vida junto a Rubén Darío)*. Editorial Unión.
- Fernández, L. (2001). *Los viajes de Rubén Darío a Mallorca*. Editorial Planeta.
- Gómez, G. (2007). *Puntos y comas en la biografía de Rubén Darío*. Centro de Artes Gráficas.
- Huezo, F. (1965). *Los últimos días de Rubén Darío*. Ediciones Lengua.
- López, I. (2005). Dos visiones contradictorias de la Iglesia Católica en la obra de Rubén Darío. *Ínsula* (699), 17-19.
- Macaya, E. (1967). Rubén Darío en Mallorca. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (212-213), 490-505.
- Marasso, A. (1934). *Rubén Darío y su creación poética*. Universidad Nacional de La Plata.
- Martínez, J. (2009). Modernismo literario y modernismo religioso: encuentros y desencuentros en Rubén Darío. *Cuadernos del CILHA*, 11(10), 100-118.
- Paz, O. (1964). El caracol y la sirena. *Revista de la Universidad de México*, XIX(4), 4-15. <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/0a6f6657-bbaf-48a0-a30d-881f648f557b/el-caracol-y-la-sirena>
- Phillips, A. (1967). El oro de Mallorca: Textos desconocidos y breve comentario sobre la novela autobiográfica de Darío. *Revista Iberoamericana*, 64(33), 449-492.
- Polidori, E. (1968). *Etapas españolas en la vida de Rubén Darío*. Editorial Universitaria de Santiago.
- Polidori, E. (1968). Rubén Darío en Mallorca. En Colegio de México, *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (pp. 85-714). Colegio de México.
- Ramírez, S. (2016). El libertador. En Real Academia de la Lengua Española, *Rubén Darío del símbolo a la realidad*. Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Rubén Darío. (1949). *Antología poética*. Universidad de California.
- Rubén Darío. (1966). *Autobiografía*. Editora Latinoamericana.
- Rubén Darío. (2000). *Cartas desconocidas de Rubén Darío*. Academia Nicaragüense de la Lengua.
- Rubén Darío. (1918). *Cuentos y crónicas*. Editorial Mundo Latino.
- Rubén Darío. (2013). *El oro de Mallorca*. Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.
- Rubén Darío. (1987). *Historia de mis libros*. Editorial Nueva Nicaragua.
- Rubén Darío. (2018). *La isla de oro*. Textos.info. www.textos.info/ruben-dario/la-isla-de-oro
- Rubén Darío. (1990). *Opiniones*. Editorial Nueva Nicaragua
- Rubén Darío. (1989). *Poesía*. Editorial Nueva Nicaragua.

- Rubén Darío. (2002). *Peregrinaciones*. Biblioteca.org. <https://www.biblioteca.org.ar/libros>
- Rubén Darío. (2018). *Todo al vuelo*. Editorial Amerrisque.
- Oliver, A. (1960). *Este otro Rubén Darío*. Editorial Aedos.
- Sallaberry, J. (1940). *Los jesuitas en Uruguay. Tercera época, 1872-1940*. Impresoras Urta y Curbelo.
- Sánchez, L (2018). Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona. *Revista Letral*, (20), 113-139.
- Sureda, J. (1946). Noticias sobre la obra y la vida de Rubén Darío en Mallorca. *Revista del Círculo de Bellas Artes*, (14), 30-44.
- Torres, E. (2009). *La dramática vida de Rubén Darío*. Editorial Amerrisque.
- Unamuno, M. (2016). ¡Hay que ser justo y bueno, Rubén! *Revista de la Casa de las Américas* (282), 108-111.
- Vargas, J. (2013). *Rubén Darío*. Editorial Amerrisque.
- Verlaine, P. (1943). *Poesies*. Albert Messein Éditeur.
- Zambrana, A. (2009). *Rubén Darío, ¿místico?* Aldilá Editor.

